

Sypavé, el último puma

J. M. Zaccagnino



Capítulo 1

Sypavé, el último puma

Las ramas crujían, el aire silbaba, las hojas volaban . El cazador entornaba los ojos mientras caminaba , aun así lagrimeaba, no hay ojo que escape del viento y la tierra. Entre el polvo alcanzaba a ver una oscura silueta, se dirigió con paso firme y decidido. Su caminar lo dificultaba la gran mochila que llevaba a sus espaldas. Ni pensó en dejarla.

La puerta chirrió aguda y los goznes hicieron crujir la asentada madera. Tras él entro un rápido viento, acompañado por hojas y tierra. Apenas entrar tiro su bulto a un costado y se dispuso a cerrar la puerta, si no fuese por su gran tamaño hubiese quedado estampado contra un costado. La oscuridad reinaba dentro de la choza, se dirigió a la ventana de la que entre sus tablones se podía vislumbrar el ocaso. No fue buena idea abrirla, rápido la cerró. Entre la oscuridad busco su caja de fósforos y un poco de diario y encendió la hoguera dispuesta al centro del aposento.

Las paredes estaban tapizadas por piles de todas las especies habidas y por haber, a pesar de que él no pensase así. Cabezas con y sin cuernos se podían ver en todas direcciones. La choza no tenia habitaciones, entre las cuatro paredes estaba todo, la cama, los muebles, la mesada y, por supuesto, la infinidad de trofeos.

Sentado a la luz del fuego removió el profundo bolsillo de su abrigo de cuero. Saco un carta sin sello, remitente, ni destinatario, una carta entregada en mano. Mordió el borde y de un fuerte tirón la abrió, carraspeo con fuerza y escupió una desagradable masa de mocos y saliva. Se inclino de costado, levanto el culo y se tiro un largo pedo.

Espero que sean buenas Miguel, pensó, hace meses que espero una noticia tuya. Te conviene que sean buenas, asqueroso pueblerino, sino ya voy a ir a buscar a la zorra de tu hermana y esta vez no va a haber "no" de su parte que me detenga.

—Ay como me pone esa pendeja* —dijo con los ojos desencajados acomodándose la entre pierna.

Extendió la carta y forzó sus miopes ojos para ver. Nunca se resigno a

usar lentes, creía que eran signo de debilidad.

Ya se que te tengo hace meses esperando, pero puedo asegurarte que estuve día y noche buscándolo. Ayer al mediodía lo vi, estaba tomando agua en el arroyo que cruza mi pueblo, a la altura del Viejo Ceibo. Como te dije Pascual, ese animal solo se mueve por el Parque Nacional y vos sabes que esa zona esta protegida. La verdad no se para que te digo, si vos siempre haces lo que se te antoja. Yo ya cumplí con mi promesa y espero que vos cumplas con la tuya y dejes de molestar a mi familia. A Maria la enviamos bien lejos así no hay forma de que vuelvas a tocarla.

—Hijo de...

PD: Dudo que esto te genere el mas mínimo arrepentimiento, pero todavía se larga a llorar cada vez que se acuerda lo que le hiciste.

—El Viejo Ceibo, el corazón del Parque. Desgraciada bestia, los años te volvieron pillo—blasfemó mientras arrojaba la nota al fuego.

Sentía como la vejiga reventaba, pero le era imposible salir al baño con semejante tormenta. Agarró la olla donde minutos antes había cocinado el guiso y orinó entre los restos de comida, se limpio las salpicadas manos en el pantalón y rápido se fue hacia su cama. Leyó un artículo durante pocos minutos, iluminado por la llama de un pobre farol de queroseno, así se durmió y la revista cayo abierta de par en par, dejando leer su titular.

Revista Aire Libre

Sypavé, el último puma vive en el Parque Nacional

Ya se estaba desperezando en cuanto el sol asomo. Se levanto de un salto y fue directo hacia la mesa de carpintero que estaba junto a la pared. Corrió el rifle a un costado, abrió un pequeño cofre de madera y saco sus dies de recarga junto a las vainas. Tomo el tacho de pólvora de un estante y la volcó en un recipiente. Se acordó de todos y cada uno de los familiares del armero, hasta injurio a algunos que seguro ni el mismo armero había llegado a conocer. La pólvora estaba húmeda.

No tengo tiempo para searla, pensó, ni tiempo para ir a buscar al hijo de su madre que me la vendió, como lo haría parir al desgraciado. Tengo que salir hoy mismo antes de que el puma se aleje mucho del punto, siendo que es el ultimo de su especie todo el Parque es suyo, y no hay otro que le limite su territorio. ¿Cristian? No, desde que mate a sus perros no quiere verme ni en foto. Quizá Matías...Si voy tengo que devolverle su rifle, y no pienso dárselo. El único que puede ayudarme con esto es Miguel, seguro no querrá verme, pero a ese pueblerino ignorante y sumiso le suelto alguna amenaza y ya lo tengo haciendo lo que yo quiera. Lastima

que su hermana ya no esta, aunque su hija ya esta bastante crecida...

—Tan rosadita, delicada, tan virgen —Se iban asomando unos amarillentos dientes de entre una macabra sonrisa, mientras se ahogaba pensando en las cosas que le haría a la puberta.

El sol marcaba las ocho cuando salió. Los chajáes ya gritaban y los horneros salían de sus casas. Los lapachos florecidos coloreaban el bosque con tonos rosas y amarillos haciendo un hermoso contraste con el verde. A su paso se escuchaba el suave crujir de ramas y hojas, de animalitos que huían asustados del fuerte pisar del gigante cazador. Vida. Podía verse por todos lados, y esto a Pascual le enervaba, si por él fuese mataría a todos y cada uno de los animales y los colgaría en su sala de trofeos. Él no encontraba placer en la caza, para nada, lo encontraba en la muerte.

Había pocas casas, precarias y bien separadas entre si. Las calles estaban embarradas por la tormenta de la noche anterior.

—¿Quién llama?

—Abrime que no tengo todo el día.

—¿Pas-pas-Pascual?

—No, si soy el Pombero*, escucha como silbo-

Se oyó un agudo y desagradable silbido burlón.

—¡Pascual, no hay que hablar mal del Pomberito ni hacer chistes sobre él, se enoja y siempre cobra su venganza!

—¿Sabes por donde me paso tus historias, Miguel? Abrime la puerta o la tiro abajo.

El pueblerino sin pensarlo abrió la puerta, sabia de lo que era capaz. El cazador entro, altanero y sin mirar a los ojos a Miguel, este en cambio lo recibió con la mirada baja. Siguieron y se sentaron a la mesa.

—Mira, la cosa es así. Yo pienso ir hoy mismo a buscar al puma, pero no tengo munición, la pólvora que me vendió ese viejo ladrón esta húmeda y tiempo para secarla o conseguir otra no tengo.

—Yo n...

—No me interesa —lo corto en seco— si tenes o no pólvora, si tenes ganas, o si tu vieja murió y en un rato tenes el velorio. Yo necesito ir a

cazar a ese puma, y tengo apuro.

No respondió, bajo aún más la cabeza. Pocos centímetros le faltaban para desnucarse.

—Bueno, parece que entendiste. ¿En cuanto me las tenes listas?

—N-no se, ca-capaz para hoy a la noche.

—¡Negro pata sucia! —dijo golpeado la mesa mientras se levantaba de un salto— ¿Que parte no se entendió de que yo necesito ir hoy a buscar a ese tal Sipab o como se llame?

—Sypavé —apenas termino de pronunciarlo le recorrió un escalofrió por la espalda, el enorme cazador le arrojó una mirada que mataba por si sola— Mi-mira yo te entiendo, pe-pero no tengo pólvora.

El gigante se sentó y se desinfló en un largo suspiro.

—Conseguila, yo traje municiones, vainas y fulminantes. Tenes hasta que el sol se esconda.

Asintió con un tembloroso cabeceo.

—Y aprovechando esta linda charla —posiblemente lo mas cercano a una linda charla que tuvo en su vida— ¿como se encuentra la nena?

Los pájaros salieron volando despavoridos como astillas de un tronco al reventar, las paredes se estremecieron y las gentes turbadas se metieron en sus casas.

—¡Nooo, por favor, no! —gritó dejando escuchar como sus cuerdas vocales se desgarraban.

—Dale nena, no me la hagas mas difícil —dijo sereno, sin expresión alguna en el rostro.

Impunemente metió mano por lugares que la chica aun ni conocía. Le saco la blusa y arranco la falda con tal fuerza que la jovencita salio despedida. La afirmo por el cuello y la cintura y la puso sobre la cama. Continuo por largo rato, entre gritos y sollozos que podían escucharse a millas de distancia.

Ni Dios sabe como Miguel mantuvo la compostura y pudo hacer su trabajo escuchando aquella escena, escuchando como un salvaje mastodonte abusaba de su hija. A pesar de todo, cumplió con su horario.

—Pascual —llamaba mientras golpeaba la puerta— ¡Pascual!

Detrás de la esta apareció un alto, ancho y peludo cuerpo en ropa interior, dando una imagen mas semejante a un gorila que a un humano.

—¿Terminaste? —dijo corriéndose a un costado y dejándole ver a Miguel la imagen de su hija semidesnuda tendida en la cama, cubierta por sabanas mojadas en llanto.

—Si, termine —afirmó con una extraña entereza y la frente en alto— Y traigo una munición para que pruebes.

—Bien Miguelito, muy bien. De a poco vamos entendiéndonos.

Levantó el guion del rifle de Cristian, a quien nunca pensaba devolvérselo, apoyo la culata en el hombro y alineo el alza. Disparó. Al centro en un blanco a 200 metros, una bala perfecta.

—Salgo a media noche —dijo sin más y se dio media vuelta dirigiéndose a la casa. Se detuvo a mitad de camino y sin girarse dijo— Tengo hambre, ceno con ustedes.

Tan silenciosa estaba la mesa que los grillos sonaban como sirenas. Nadie despegaba la vista del plato. La familia entera estaba reunida, hija, padre, madre, abuela y la presencia del cazador, claramente no bienvenida. Este estaba sentado en la punta de la mesa, en una posición arrogante, dominante. El aire estaba tenso.

—Hoy les hice un favor —dijo cortando el silencio con voz gélida— deberían agradecerme.

Nadie respondió. La abuela se estremeció y de entre su cortina de pelos cayo una lagrima.

La luna estaba arriba e iluminaba la casa y alrededores, ya era media noche. Al salir tomo las llaves de la camioneta de Miguel, sin permiso alguno.

—Me llevo la camioneta.

Abrió la puerta y encendió el vehículo. Levanto la mano con desgano, en un aparente saludo. Miguel saludó con un corto movimiento de la cabeza. El cazador partió.

—Te deseo suerte, mucha suerte- murmuro el pueblerino con expresión sombría.

Bordeó el arroyo en dirección al Parque Nacional. Desde que se había hecho la calle principal ya nadie tomaba ese camino y eso se hacía ver en la cantidad de pasto que crecía en él. La noche era clara, y cualquier obstáculo podía verse con facilidad.

—La puta madre —dijo apretando los dientes y dando un golpe sobre el volante que hizo sonar la bocina.

Detuvo la camioneta y bajo. Al instante salto a la vista, era imposible mover ese árbol, debía seguir a pie. Entre maldiciones subió al vehículo y tomo solo su rifle, quedaban varios kilómetros y resultaba imposible, incluso para él, hacerlos con el bolso.

El cerco era bajo, fácil de cruzar, no necesito cortar el alambre. No podre darle caza esta noche, pensó, de suerte llegare al Viejo Ceibo antes del amanecer. Ahí buscare huellas y seguiré el rastro. Desde que fue avistado pasaron ya 3 días, así que se habrá ya alejado bastante. La siguiente noche debería de encontrarlo.

Recordaba perfectamente el camino, el arroyo desembocaba en el Rio Negro y ahí era donde estaba el Ceibo. Como conocía el camino, también lo hacia con los puestos de guardia, y sabia muy bien como evadirlos, no fueron problema para él. El único obstáculo era el terreno, debía sortear bañados y densas vegetaciones.

Todo iba resultando según el plan, llego al Ceibo en cuanto en sol asomo. Armo rápido un vivac y se hecho a dormir. Fue un sueño corto, debía ser corto, el tiempo apremiaba. A la luz del sol fue fácil encontrar el rastro, Miguel fue preciso, las huellas estaban exactamente donde él había indicado. El puma era pesado y de caminar lento, las marcas dejadas en el terreno eran profundas. Un macho sin duda, pensó, la especie esta condenada. Era un profesional y con experiencia, jamas se había equivocado, no hasta ese momento.

Siguió el rastro. Tras cada paso el animal estaba mas cerca, y el cazador mas excitado. Jamas alguien lo vio sonreír de felicidad, solo el bosque y la selva habían tenido el honor, ya que él siempre cazaba solo. Se detuvo en seco.

—¿Que?

Es imposible, pensó, estas huellas están demasiado frescas, en tres días no pudo haber caminado tan poco. Tiene que estar cerca. ¿Estará herido? No, lo hubiese notado. ¿Tendrá una compañera? Tampoco, es sabido que es el ultimo en su especie. No se que pasa acá, pero ya lo voy a averiguar. Esta caca esta muy fresca, no tiene ni dos horas.

Levanto la vista y vio un movimiento en unos matorrales a la lejanía. Tomo una posición alta y observo con sus binoculares, pudo ver el lomo beige asomarse entre la vegetación. Debía esperar, sabia que desde esa posición era imposible acertarle pero si se acercaba mas el puma iba a percatarse y huiría. En cuanto saliera de su escondite le dispararía.

La noche cayo y la luna pinto de plata la selva. Tan clara era que hasta las ranas a cien metros podían verse. Él odiaba el amanecer, porque era cuando mas viva se veía la selva, pero en el Parque la vida estaba de día y noche, con sus distintivos matices. El aletear de las aves nocturnas, el sigiloso caminar de un cazador, el apurado paso de una presa, el croar de las ranas, en las tinieblas todo se oía. El puma ,mientras, seguía inmóvil como estatua pero el cazador no se impaciento, el era, definitivamente, un profesional. Esperó.

Ahora. Rápido dejo de lado los binoculares y alineo la mira telescópica, ajustada para su miopía, con la silueta de la bestia y apretó del gatillo. Explotó, el cerrojo voló por los aires y le golpeo la sien. El rifle cayo de los heridos brazos. La vista se le nublo y su cabeza lentamente fue acercándose al suelo.

—Miguel hijo de pu...

Perdió la consciencia unos segundos, pero el shock de adrenalina lo despertó al instante y se incorporo de un salto.

El puma huirá, pensó, siempre huyen.

Esta vez el profesional se equivoco. El puma lo miro directamente y se posiciono para salir en su carrera. El cazador sabia que era en vano huir, extrajo su cuchillo y se dirigió hacia la bestia. A metros estaban cuando el puma retrocedió y se escabullo en su escondite entre los matorrales. A Pascual poco le importo eso, en su ímpetu por darle caza se abalanzo sobre el puma. Este rápido lo esquiva, haciendo caer al cazador en una rodilla y recibiendo un zarpazo a la altura del riñón izquierdo. Se impulso en la pierna derecha y dio un largo corte en forma de abanico que solo corto el aire. Parados ambos en posición de combate, se midieron.

No puede ser que quiera enfrentarme, pensó, los pumas en situaciones así huyen, ¡siempre!.

Rápido entendió que de allí uno no saldría con vida, y estaba dispuesto a darlo todo por no ser él quien muriese. Avanzo lanzando un puñar directo, pero el puma retrocedió de un salto y de vuelta lo contraataco con un zarpazo. La sangre cubría su cuerpo herido ya previamente por la explosión, de a poco se desangraba. Fue lento, y esta vez el puma se abalanzó sobre el enorme cazador, se aferro con ambas garras de sus anchos hombros, y con las patas traseras le desgarró el abdomen con

repetidos arañazos. Mientras tanto el cazador no se quedó quieto y apuñalo, pero sin fuerza e impreciso, la sangre perdida pasaba su factura, apenas alcanzo a infligir un superficial corte sobre un costado del animal. Se separaron, y volvieron a mirarse, aunque parecía ya haber un claro ganador.

Pascual sintió un fuerte golpe en la espalda y a su alrededor vio como los árboles se elevaban. Fue el suelo el que golpeo al cazador. Aturdido ladeo la cabeza, miro, lo vio y comprendió todo. De entre los matorrales se asomaban tres pequeñas cabezas felinas teñidas de gris a la luz de la luna. Sypavé era una hembra.

*Pendeja: significa chica joven. Utilizado en la jerga argentina.

*Pombero: especie de duende o espíritu de la mitología guaraní, muy difundido en el noroeste argentino, sur de Brasil y todo el Paraguay.